

“ACERCA DEL TRABAJO QUE EXIGE
LA ADQUISICIÓN DE LA CIENCIAS”

DISCURSO

EN LA APERTURA ANUAL

DE LOS ESTUDIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE MANILA
PRONUNCIÓ EL 2 DE JULIO DE 1873

EL R. P. FR. JOSÉ GARCÍA

DEL ORDEN DE PREDICADORES

PROFESOR DE FILOSOFÍA EN LA
MISMA UNIVERSIDAD

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE SANTO TOMÁS

A CARGO DE A. AOIZ.

1873

Ilmo. Claustro:**Señores:**

Siempre ha sido tarea difícil el dirigir convenientemente la palabra a un auditorio ilustrado. Esta dificultad empero se acrecienta sobre manera cuando el orador no está aún avezado a esta clase de trabajos literarios, y sobre todo cuando carece de aquellas dotes que pata ello debieran adornarle. Ved aquí por qué mi espíritu se halla sobre manera embargado en estos momentos, como se hallaría el de un niño balbuciente ante una respetabilísima asamblea. Conozco cuán difícil es el cargo que se me ha confiado, tengo conciencia de la exigüidad de mis fuerzas, ni tampoco se me oculta que cualquiera de los miembros de este ilustre Claustro hubiera desempeñado el cometido mil veces mejor que quien os dirige la palabra; y por esto jamás me hubiera atrevido a aceptar la alta honra que en este día se me dispensa, a no estar de por medio una obligación sagrada que no me fuera dado declinar. Me anima, sin embargo, a desembarazarme del compromiso contraído esa indulgencia que, siendo una de las más bellas dotes de los corazones nobles y generosos, espero me habéis de dispensar en ocasión tan solemne, disimulando las faltas de este pobre y desaliñado discurso. Contando, pues, con vuestra bondad y permiso, pasaré a cumplir con mi deber del mejor modo que pudiere.

Mas ¿de qué asunto os hablaré hoy, cuando en este mismo sitio habéis oído elocuentes y floridos discursos ora sobre la felicidad que puede acarrear al hombre el estudio de las ciencias, ora sobre la naturaleza y objeto final de cuantas materias comprende la Segunda Enseñanza en los liceos de este Archipiélago, ora sobre el progresivo desarrollo que la ilustración científica va adquiriendo en estos pueblos, ora en fin sobre la importancia que han tenido siempre en la sociedad las letras y bellas artes? Si el terna que debo desenvolver ha de interesar al auditorio, y al mismo tiempo ha de hallarse en relación con sus habituales ocupaciones, creo no será fuera de propósito el hacer algunas ligeras reflexiones acerca del trabajo que exige la adquisición de las ciencias, toda vez que a los jóvenes alumnos se dirige especialmente mi voz en este día. Faltaría empero a un deber muy principal, si no dijese antes dos palabras sobre el estado y adelantos de la Segunda Enseñanza, conforme a lo que en nuestro Reglamento se previene.

Nadie ignora las inmensas y trascendentales ventajas que se originan de aquellos actos literarios en los que aparecen honrados y coronados de gloria cuantos se distinguieron notablemente por su talento y singular aplicación en el campo del saber. Es tal la condición del corazón humano, que si no hay una causa bastante poderosa para sostenerle y animarle a llevar adelante la empresa que felizmente iniciara, luego se debilitan sus fuerzas, decae su valor, la llama que tan vivamente ardía en él palidece, y aun muchas veces acaba por abandonar lo que con tan heroico

entusiasmo comenzara. Es verdad que el joven pundonoroso, el que sabe avalorar debidamente los quilates de la ciencia, y su mirada está fija en el porvenir, se mueve al sudor y a la fatiga por fines más elevados e importantes; mas nadie puede dudar, que la esperanza de obtener algún día en buena lid el lauro de la ciencia, y de merecer los honores de hombres ilustres y de un público escogido, contribuye poderosamente a excitar en su ánimo el ardor, la emulación y el celo, que tan felices resultados suelen producir, mientras que no traspasan los límites de la razón.

Sí, Señores, ojead rápidamente las páginas de la antigua Grecia, y en ellas veréis el maravilloso influjo que ejercieron en el adelantamiento de las bellas artes los aplausos, honores y premios que con asombrosa liberalidad se prodigaban a cuantos sobresalían en ellas. Leed igualmente la historia de nuestros días, y descubriréis el alto vuelo que han tornado las ciencias llamadas naturales, merced en buena parte a las recompensas ofrecidas por los centros literarios. Ved, si os agrada, los planes reglamentarios que rigen a toda asociación amante de los verdaderos progresos académicos, y no hallaréis uno sólo que deje de fomentar con premios y distinciones honoríficas la noble emulación del hombre estudioso. Y es que las ciencias, lo mismo que las artes, se revisten de tanta mayor nobleza y esplendor, cuanto mayor es el aprecio en que son tenidas por la sociedad; y por consiguiente su belleza es entonces más arrobadora, y sus atractivos adquieren mayor fuerza para arrastrar en pos de sí al corazón humano. Ved aquí los altos fines que se ha propuesto el Reglamento de nuestra Segunda Enseñanza al consignar las distinciones honoríficas y la distribución de premios como uno de sus capítulos más interesantes.

Y por cierto que no han salido fallidas las esperanzas encerradas en nuestro Plan reglamentario. Siete años ha que se inauguraron en el Archipiélago Filipino los estudios de la Segunda Enseñanza, y siempre ha ido en ascenso la laboriosidad de la juventud que frecuenta nuestras aulas, su ardor y celo por colocarse a la altura que demandan sus deberes, su emulación en los actos literarios, y muy particularmente en los certámenes anuales, y sus laudables aspiraciones a labrarse en tiempo oportuno un brillante porvenir y contribuir algún día al bienestar y felicidad de las Islas. Y aunque es verdad que algunas materias se miraron por algún tiempo con cierta indiferencia, quizá por considerarlas de escasa importancia; hoy empero que se han abierto nuevas carreras, tales como las de medicina y farmacia, y que se ha ensanchado el horizonte de las esperanzas de nuestros jóvenes alumnos, son estudiadas ya con mayor aplicación e interés; y se reputan no como asignaturas, de mero adorno, sino como base y fundamento de un edificio científico.

Tal es, Señores, el comportamiento que vienen observando los escolares del archipiélago Filipino, sostenido y fomentado en buena parte con los honores y premios prometidos en el Reglamento al joven estudioso. Y es de esperar, en atención al estado

satisfactorio en que se hallan las carreras universitarias y al aumento del material de enseñanza con que se van enriqueciendo nuestros establecimientos literarios, que de día en día recibirán mayor empuje las ciencias, y muy particularmente algunas de las naturales.

En efecto, además de los numerosos aparatos de física y química con que contábamos ya para la instrucción de la juventud, acaban de recibirse otros muchos; los cuales, unidos a los existentes anteriormente, forman ya un bonito gabinete de física, y un laboratorio químico que en nada desdice de los que hay en los institutos de nuestra Península. Con respecto al museo de historia natural, todos tenéis conocimiento del estado satisfactorio en que se halla, y de los esfuerzos que se hacen cada día por llevar adelante la obra comenzada, y por enriquecerlo más y más con los variados y numerosos objetos que la naturaleza nos ofrece con mano pródiga en este país hermoso.

Dicho sea esto para satisfacción de tan ilustrada concurrencia, para gloria de los insignes profesores, a quienes tan gran parte cabe en los progresos literarios de nuestra juventud, y para cumplimiento de lo que en el Reglamento se dispone.

Pero por satisfactorio que sea el comportamiento de esta juventud, por más que su laboriosidad sea digna de todo elogio, y en su semblante se revele la sed devoradora que tiene de la verdad; preciso es, para que no retroceda en ningún tiempo de la carrera emprendida, ni pierda miserablemente los ópimos frutos de tantos desvelos y trabajos, que tenga fija su vista no en lo que hasta ahora ha andado, sino en lo que aún le resta que andar. Sí, jóvenes estudiosos, apenas habéis recorrido una pequeña parte del largo y escabroso camino que comenzasteis; todavía os separa del término a que aspiráis un espacio inmenso; y «ES MENESTER SUFRIR TODA CLASE DE FATIGAS Y SUDORES, SI QUEREIS GANAR LA CIMA DE LA ALTA MONTAÑA QUE HAY QUE ATRAVESAR PARA LLEGAR A POSEER LAS CIENCIAS CON PERFECCIÓN.»

Si el hombre hubiera perseverado fiel en aquel estado de felicidad y bienandanza en que el Señor le colocara, le hubiera sido ciertamente muy fácil la posesión de esos conocimientos científicos que ahora no alcanzamos sino después de largo tiempo y a costa de penosísimas tareas. No hubiera tropezado entonces con esa barrera de obstáculos que le salen al encuentro cuando quiere alzar el vuelo de su pensamiento sobre la esfera de los sentidos; ni la parte inferior se hubiera levantado tumultuosa contra las más nobles potencias del alma para serles de impedimento en sus actos, antes bien, como observa el Ángel de las Escuelas, se hubiera mantenido siempre en completa subordinación. Y es que el hombre, en expresión de la Escritura Divina, salió recto de las manos del Criador^{1*}; y esta rectitud consistía especialísimamente,

¹ * Ecclesiastés, cap. 7 v. 30.

según el sentir de los Doctores católicos, en el perfecto dominio que la parte superior ejercía sobre la inferior, sin que jamás hubiese entre ellas lucha ni contradicción de ningún género.

Mas desde aquel ominoso instante en que el hombre se reveló contra su Dios, y se despojó voluntariamente de las ricas vestiduras de la justicia original, súbitamente se alteró ese orden admirable que reinaba entre la carne y el espíritu; desapareció la armonía entre la razón y los sentidos; palideció la esplendorosa antorcha que tan vivamente le iluminaba en todos sus caminos; se debilitó sobre manera la fuerza misteriosa de su voluntad; y no quedó potencia alguna en la cual no se introdujera el desorden más lamentable. El hombre después de su caída podría de algún modo asemejarse a esos antiguos monumentos que en otro tiempo llamaron la admiración de todo el orbe; mas en el día no nos ofrecen sino tristes ruinas que nos indican su primitiva grandeza y esplendor.

Pues bien, Señores, desde entonces el entendimiento humano es como uno de esos terrenos que sólo a costa de ímprobos trabajos y cuidados llegan a producir flores y frutos. Aquel terrible anatema fulminado por Dios contra el humano linaje: *Maledicta terra in opere tuo: in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ*^{2*}, viene pesando sobre él desde el día de la caída, sin que nadie pueda evitar sus consecuencias. Desde el humilde campesino ocupado en las faenas de la tierra hasta el poderoso monarca encargado de dirigir los destinos de los pueblos, y desde el más rudo idiota hasta el sabio más aventajado, todos se hallan sujetos a esa pena universal, todos deben trabajar incesantemente para cumplir los designios de la Providencia, todos deben regar el suelo con el sudor de su frente, si han de llenar de la manera debida su misión. El trabajo es la herencia que nos dejaron nuestros primeros padres; y es preciso aceptarla con resignación, si no queremos perecer de necesidad. Él es la base y fundamento de toda empresa; sin él a ninguno de los mortales es dado levantar el más insignificante edificio; y el que de él quisiera sustraerse, sería una aberración de la naturaleza, un miembro colocado fuera de su lugar natural, un ser que disonaría del admirable concierto del universo; porque el trabajo es la ley sobre que basa el mundo material e intelectual.

Para cultivar, pues, el campo del saber, y gustar los agradables y ricos frutos de la ciencia, preciso es trabajar sin descanso día y noche, y sufrir toda clase de molestias y desvelos, a ejemplo de esos infatigables labradores que no alzan su frente de la tierra hasta haber recolectado la cosecha. Y ¿qué otra cosa nos dicen esos genios colosales, esos astros de primera magnitud, cuyos fulgores se han difundido por todos los ámbitos del mundo? ¿Qué nos enseñan todos cuantos sabios existieron desde la más remota antigüedad hasta nuestros días? ¿Cómo adquirieron aquellos inmensos caudales de conocimientos científicos? Si leemos atentamente su historia, no

² * Gen. cap. 3, v. 17.

podremos menos de reconocer, que consumieron los días de su preciosa existencia inclinados sobre los libros y en las meditaciones más profundas. Ved a un Arquímedes tan abismado en sus cálculos, que ni siquiera percibe el estruendo y gritería del enemigo que se apodera de su patria; ni aun oye la voz del soldado que penetra hasta su mismo bufete, viniendo a ser triste víctima de su raro enajenamiento. Ved a un Santo Tomás de Aquino pasar los días y las noches en revolver los libros de los antiguos filósofos y santos Padres, siendo su laboriosidad la admiración de cuantos le conocían; y andando siempre tan absorto en sus estudios, que ni la mesa de los reyes podía distraerle de ellos por un instante. Ved a un Leibnitz, de quien se escribe, que era tan constante en el trabajo, que semanas enteras permanecía inmóvil en su sillón. Ved a un Newton *pensando siempre*, como él mismo decía, en sus admirables descubrimientos; y asegurando que «si había prestado algunos servicios al público, no eran debidos más que a la perseverancia, y a una meditación paciente.» No hay, pues, otra vía que el trabajo, si deseamos cultivar con esmero nuestra inteligencia, y ser útiles a la sociedad, y ocupar en ella un puesto distinguido. Este es el sendero que nos han enseñado los maestros de las ciencias; el que han recorrido solícitos cuantos se han aventajado en el saber; y el que debemos seguir todos, si no queremos ser como plantas infructuosas que ocupan inútilmente el terreno. Y a la verdad, Señores, si todos los ramos de la industria humana exigen un trabajo asiduo y una diligencia exquisita para poseerlos con perfección, ¿cuánto más exigirán esto las ciencias, cuyas dificultades son más graves, más numerosas y sin comparación más duraderas? fijad por un momento vuestra atención en los obstáculos que impiden al hombre la contemplación tranquila de la verdad, y no podréis menos de reconocer que el sendero de las ciencias se halla cubierto de espinas, y que es imposible caminar por él sin dejar huellas de sangre.

Nadie ignora que una de las condiciones más necesarias para la adquisición de una ciencia es la atención. Si el hombre no aplica seriamente su ánimo a lo que lee o escucha, adquirirá, a lo sumo, como Balmes dice sabiamente^{3*}, algunos conocimientos lijeros, superficiales, inexactos muchas veces, si no erróneos; pero jamás llegará a descubrir los arcanos de ninguna facultad. Es preciso para esto reconcentrar las fuerzas del espíritu; percibir el objeto con todas las circunstancias que lo rodean; examinarlo por todos sus lados; y meditar detenidamente sobre su naturaleza, propiedades y relaciones, a fin de poder formar sobre él ideas exactas, completas y claras. Ahora bien, si falta la debida atención, fuerza es que hayan de faltar dichos requisitos; porque un espíritu distraído pasa por alto las cosas más interesantes, según nos lo demuestra la experiencia de cada día; y por lo mismo no puede penetrar como conviene las verdades primordiales de la ciencia. Es, pues, absolutamente indispensable para hacer algún progreso en toda carrera literaria, fijar nuestra mente en aquello que estudiamos, y dar de mano con esforzado ánimo a todo

³ * El Criterio, cap. 2º

cuanto pudiera distraer nuestra atención. Y ¿quién ignora el gran trabajo que esto demanda? ¿Quién no ve las molestias y penalidades que lleva consigo la necesidad de sujetar nuestra mente a un objeto o a una cuestión determinada? Permitir que el espíritu divague por acá y acullá, como abeja que va de flor en flor, es cosa que ningún esfuerzo exige; pero si queremos recoger nuestras potencias a fin de entrarnos a fondo de un hecho, y remontarnos luego al conocimiento de sus causas, no deja de ofrecer su dificultad y trabajo.

Condenado el hombre por su pecado a sostener una continua lucha, halla en la parte inferior un enemigo que le hace guerra sin treguas; que se esfuerza en arrastrarle por el polvo; que a cada paso presenta mil obstáculos a su actividad, a la elevación de sus pensamientos, a la profundidad de sus investigaciones, a la penetración de las más altas verdades, en una palabra, a todo cuanto pueda colocarle sobre la región de la materia. Y es que los objetos exteriores, como profundamente discurre Santo Tomás^{4*}, afectan en demasía nuestros sentidos, nos seducen, nos ofuscan con el brillo de su falaz apariencia, y de tal manera absorben nuestra atención, que con dificultad podemos desembarazarnos de ellos.

En efecto, Señores, quien considere atentamente la atmósfera que respiramos, y la grande agitación en que vivimos, y los vanos y pueriles entretenimientos que por todas partes nos rodean, y esa inquietud y desasosiego que nos ocasionan los sucesos de cada día, no podrá menos de reconocer lo mucho que todo esto nos ocupa. Y como la virtud del espíritu humano sea tan limitada que no pueda a la vez entender seriamente en muchas cosas, distraídos por los atractivos de los objetos sensibles, nos es difícil y penoso el aplicarnos con ahínco a pensamientos elevados y a meditaciones profundas. De aquí se origina esa repugnancia que experimentamos frecuentemente hacia el trabajo intelectual, y ese tedio que nos hace el estudio mil veces más penoso que todos los trabajos corporales. ¡Oh! ¡cuántas veces, si nos dejáramos vencer de las molestias y disgustos que nos ocasionan las tareas literarias, trocaríamos gustosos nuestros libros por la sierra del oscuro carpintero o por el arado del humilde labrador! ¡Cuántos hay que después de haber caminado largo tiempo por los estrechos senderos de las ciencias, sucumbieron al fin bajo el peso abrumador de la fatiga, y se retiraron para siempre de las aulas!

Mas no terminan aquí los sacrificios que pide al hombre la adquisición de las ciencias. Nuevos y prolongados esfuerzos tiene que hacer todavía para elevarse a las serenas regiones en donde el humano entendimiento saborea dulcemente los frutos de los sudores pasados, y goza de las delicias más puras. Quien conozca por una parte lo qué son las ciencias, y por otra la debilidad de nuestro entendimiento y la fragilidad de nuestra memoria, comprenderá fácilmente la verdad que acabo de sentar.

^{4 *} Suma teologica, 1.^a part, cuest. 94. 1.º

No hablo ahora, Señores, de la dificultad que hay en adquirir ese conjunto de conocimientos que abraza todos los ramos del saber humano, llamado por algunos simplemente *ciencia*, y que se extiende lo mismo a lo visible que a lo invisible, a lo corpóreo que a lo espiritual; «son pocos, como dice muy bien Balmes^{5*}, los hombres nacidos con felices disposiciones para todo.» Y si de tiempo en tiempo aparecen en el mundo literario algunos ingenios que con la virtud asombrosa de su entendimiento abarcan todas las ciencias, deben considerarse ciertamente como fenómenos en grado sumo extraordinarios. La generalidad de los hombres está dotada de una capacidad muy limitada respectivamente a las infinitas materias que abrazan los diferentes ramos del saber; y de aquí la necesidad que todos tienen de consagrarse a un estudio determinado, o a una profesión cualquiera, si no quieren consumir inútilmente sus fuerzas. Al hablar, pues, de lo trabajoso que es el adquirir la ciencia, me refiero únicamente a la dificultad que hay en poseer cumplidamente uno cualquiera de sus ramos.

En efecto, para poseer con perfección una ciencia dada, no basta haber atesorado un gran caudal de conocimientos relativos al objeto de esa ciencia; se necesita ciertamente algo más. La ciencia no viene a ser otra cosa que una serie de conocimientos enlazados estrechamente entre sí por su mutua dependencia, y relacionados todos ellos con los principios y causas de donde nacen. Si el hombre conoce algunas verdades pertenecientes a esa serie; pero ignora las razones y principios en que se apoyan, y las causas de donde proceden, no posee aún esas verdades de un modo científico. No se tiene conocimiento científico de una verdad, dice el Filósofo^{6*}, hasta tanto que podemos asignar las causas o principios de donde proviene. Lo mismo enseña Santo Tomás: *Scientia veri, dice, non habetur, nisi per causas*. Para levantar, pues, el edificio de una ciencia cualquiera, y llevarlo hasta su última perfección, será necesario conocer todas las verdades que pertenecen a esa ciencia, y la íntima trabazón que tienen con los principios de donde se derivan, y las consecuencias que de ellas se deducen. El que sabe demostrar únicamente algunas de las verdades de una ciencia, no pudiendo hacer lo mismo con respecto a otras muchas; o bien tiene conocimientos de cuanto a ella pertenece, pero no sabe resolver esos conocimientos en los primeros principios, no ha llegado aún a dominar esa ciencia, ni la ha adquirido de un modo perfecto. Quien posee así una ciencia, podría ciertamente asemejarse al que tiene en sus manos la máquina de un reloj, y sabe las piezas que la componen, y aun la acción que la rueda A, por ejemplo, ejerce sobre la rueda B; pero ignora la dependencia que todas ellas tienen entre sí, y la relación que dicen al movimiento de todo el artefacto.

⁵ * El Criterio, cap. 22.

⁶ * Methaphys, lib. 1º

Ahora bien, Señores, si para adquirir con perfección una ciencia es necesario conocer demostrativamente todas y cada una de las verdades que abraza, ¿cuántas fatigas, cuántos desvelos tendrá que soportar quien aspire con eficacia a tan noble fin? Si para profundizar un principio o comprender una sola verdad nos vemos a veces precisados a permanecer sobre el libro muchas horas y aun muchos días, ¿cuánto habrá que trabajar y sudar para enseñorearnos de una serie de verdades, descubrir el vínculo que las une, y reducirlas a los primeros principios? Si el alcance de nuestro entendimiento fuera como el de los Ángeles, facilísimo nos sería el adquirir con perfección cualquiera ciencia. Posesionados de un principio o de una idea capital, descubriríamos con admirable sencillez cuantas verdades nacieran de ese principio o de esa idea; veríamos con toda claridad la relación que hubiera entre ellas; y sin necesidad de raciocinio contemplaríamos la dependencia que cada conclusión tuviera con el principio de donde se derivara. Mas colocado el hombre en el ínfimo grado de las inteligencias, y distando inmensamente de la perfección de aquellas criaturas tan sublimes, vese obligado a proceder gradualmente en la investigación de la verdad, mediante raciocinios más o menos complicados. Lo que no puede llevar a cabo de un sólo golpe, ha de procurar hacerlo a fuerza de trabajo. Esto es lo que naturalmente exige la debilidad de nuestro entendimiento. El observador que se halla situado en la cima de una elevada montaña, contempla bajo un golpe de vista el grandioso cuadro que la naturaleza ofrece; mas el que permanece en la falda, no descubre sino detalles, y es necesario que recorra el horizonte paso a paso para formarse idea del conjunto. Algo semejante acaece en las ciencias. El hombre no puede descubrir de una mirada todas las verdades que dimanar de un principio por lo mismo que es tan débil la luz de su inteligencia; y de consiguiente es forzoso que se vaya posesionando de ellas a costa de prolongados sudores, si desea contemplar alguna vez la armonía encantadora de la ciencia. Dichoso el que no olvidando su pequeñez trabaja incesantemente por llegar a tan feliz término. Dichoso mil veces, repito, porque si hoy no le es dado colocarse en él, se colocará a no dudarlo el día de mañana.

Réstame sólo decir dos palabras sobre la fragilidad de nuestra memoria para terminar mi pensamiento. De poco serviría al hombre arrostrar toda suerte de incomodidades y fatigas por atesorar un buen caudal de conocimientos científicos, si al mismo tiempo no se esforzara en conservar fielmente lo que adquirió. Es suma la facilidad con que se nos olvida lo que aprendemos; y por lo tanto es absolutamente indispensable, que trabajemos día y noche en custodiar el rico depósito de la verdad, si no queremos perder lastimosamente el fruto de tan largos sufrimientos. El naturalista que se afanó y se expuso a mil peligros por reunir en su gabinete una bella colección de animales y plantas de todo género, no tarda en ver inutilizados completamente los objetos que a tanto costo adquiriera, si no cuida de preservarlos del insecto destructor. Esto es cabalmente lo que acontece al que trabajó y sudó en el estudio de las ciencias, mas no tomó precaución alguna contra el olvido. Por más profundos que sean los

conocimientos que adquirió, por más que se haya esforzado en sondear, cuanto le fue posible, la verdad, y haya descubierto los secretos más recónditos del saber; todo esto desaparecerá en breve y se disipará como el humo, si no lo pone a cubierto del olvido con el continuo trabajo. El olvido, Señores, es como un gusano que todo lo roe, todo lo destroza, todo lo consume y aniquila. De cuántas preciosidades y riquezas despoja al incurioso el olvido ! Y si no, decidme: ¿qué se hace de esos conocimientos que con tanta avidez suele aprender en las aulas la juventud, y pasado algún tiempo apenas queda ya huella ni señal de ellos? Descuidaron el trabajo; no custodiaron, como era debido, lo que poseían; y vinieron a perder lastimosamente los tesoros que con tantos sudores allegaron. Jóvenes que me escucháis, ¿ no habéis experimentado alguna vez en vosotros mismos los funestos efectos del olvido? No os ha sucedido emplear largo tiempo en el estudio de una cuestión, o en el enlace de unas verdades con otras, y después que hubisteis conseguido lo que con tanto anhelo deseabais, habéis tenido que lamentar muy en breve vuestro descuido o distracción? Y no es de extrañar que suceda esto con tan asombrosa facilidad, siendo tan pobre y miserable la naturaleza humana. Sí, Señores, la raíz de fragilidad tan grande no la busquéis en otra parte que en nuestra propia naturaleza, en esa naturaleza tan deplorablemente herida por el pecado. Debilitadas todas las facultades del hombre desde el instante mismo de la caída, necesita fatigarse y sudar, y no levantar la mano de la enfadosa y penosísima tarea de un estudio serio y concienzudo, si desea hacer algún progreso en la carrera de las letras. Esta es la ley a que se hallan sujetos todos los mortales.

Si, pues, tan ímprobo y asiduo trabajo demanda al hombre la adquisición de las ciencias; si tantos y tan grandes son los obstáculos que le es forzoso salvar para ocupar un puesto distinguido en el mundo literario, y tan exiguas son las fuerzas con que para ello cuenta, ¿será esto un motivo suficiente para obligarle a desistir de la empresa comenzada? De ninguna manera: antes bien esa misma dificultad debe alentarle y esforzarle más y más para la fatiga. Cuando el labrador ve cubierto de malezas un terreno que pudiera producir ricas y abundantes mieses, no se arredra a la vista del trabajo que le aguarda; antes al contrario, contemplando por una parte lo costoso que es el prepararlo cual conviene, y por otra la utilidad que de ello puede reportar, se reviste de constancia y energía, comienza las enojosas faenas, y no descansa hasta haber superado todas las dificultades. Lo mismo debe hacer el que se consagra al estudio de una ciencia: por penoso que sea el adquirirla, por grandes que sean los sacrificios que se le exijan para dar feliz cima a la obra comenzada, no por eso debe decaer su ánimo, ni sucumbir bajo el peso del trabajo; sino fijando su vista en el brillante porvenir que le espera, y en el glorioso nombre que le está reservado, trabajar con voluntad firme y enérgica en orillar cuantos obstáculos se opongan a la consecución de tan honrosas y nobles aspiraciones. Sabido es, que ninguna empresa ardua puede llevarse a cabo sin costosos sacrificios; pero nunca fue esto motivo suficiente para que el hombre se retrajese de ellas. La firmeza de voluntad allana todas las dificultades; y nada hay que

se resista al ímprobo trabajo. La Escritura Santa nos da esta misma idea de lo costoso que es el adquirir la sabiduría; pero a la vez anima a la juventud a que se consagre a ella con la esperanza de sus frutos. «Hijo, nos dice^{7*}, abraza la sana doctrina desde tu mocedad, y adquirirás una sabiduría que durará hasta el fin de tus días. Aplícate a ella como aquel que ara y siembra, y espera sus buenos frutos: porque te costará un poco de trabajo su cultivo, mas luego comerás de sus producciones.»

Ea, pues, jóvenes alumnos, si queréis ver terminado felizmente el edificio en buen hora comenzado y aspiráis a conquistaros para lo futuro un glorioso nombre, trabajad ahora y siempre con valor, con energía, con inquebrantable constancia. Con el trabajo triunfaréis de todo; nada habrá imposible para vosotros. No dejéis pasar inútilmente la preciosa edad de la juventud; esa edad en que la naturaleza está en su robustez, las facultades intelectuales en pleno desarrollo, las potencias todas en vigor. Mirad que lo que no hicieréis en la juventud, tampoco lo haréis en la vejez. ¡Qué! ¿Creéis por ventura que os hallaréis mejor dispuestos para el trabajo y la fatiga cuando vuestro mismo cuerpo comience a seros gravoso, y os abandonen las fuerzas, y vuestra vista se debilite, y se extinga en vosotros la llama de la gloria, y hasta la ambición innata del saber desaparezca? Pero ¡ay! que el hombre, como nos asegura el Espíritu Santo^{8*}, no recogerá en su vejez sino lo que hubiere atesorado en su juventud. Si los años mas preciosos de vuestra vida los malográis en la inacción, no esperéis para lo futuro sino esterilidad y miseria. ¡Cuántos ingenios vienen a perderse lastimosamente por abandonarlos a una ociosidad asoladora, o por no cultivarlos, como es debido, con un trabajo constante y esmerado!

Verdad es, que no todos pueden obtener los mismos resultados, pues no todos están dotados de igual grado de inteligencia. Hay espíritus que con maravillosa facilidad remontan su vuelo hasta las regiones más elevadas de la ciencia; mientras que otros apenas llegan a dominar las verdades más obvias y comunes. Esto empero a ninguno debe servir de pretexto para entregarse a la incuria e indolencia. ¿Sabéis lo que hace el labrador cuando da con un suelo pobre y mal acondicionado? Lo beneficia cuanto le es posible, lo revuelve con su arado una y mil veces, suminístrale los regios convenientes, límpialo de toda maleza, y cuanto mayores son los obstáculos que se le ofrecen, tanto más redobla sus cuidados y trabajos. Obrando de este modo, llega a sacar, si no tanto cuanto sacaría de un terreno de primera calidad, al menos cuanto puede dar de sí la naturaleza de la tierra que cultiva. De igual manera debe portarse el escolar a quien no hubiere cabido en suerte un entendimiento tan claro como el de muchos de sus compañeros. Por lo mismo que es más pobre el terreno de su espíritu, y su cultivo presenta mayores inconvenientes, tanto más debe trabajar y esforzarse por recoger los frutos que pudiere. Y si no le es dado el poseer con toda

⁷ * *Ecclesiast.* Cap. 6, v. 18 y siguientes.

⁸ * *Ecclesiast.* Cap. 25, v. 5.

perfección el ramo a que se consagra, lo poseerá al menos de manera que pueda ser útil a sus semejantes; y así no quedará enterrado ignominiosamente el talento que el Señor le concedió. Si tal fuere su comportamiento, habrá llenado cumplidamente los deberes que tiene con la sociedad y con sus padres; se habrá hecho digno de todo elogio, y conseguirá un día el premio que tan justamente tiene merecido.

HE DICHO

